

Fernando Campaña

Calesita

Una historia de barrio

A Millie Campaña

Una calesita detenida y oscura, rodeada completamente por una cinta plástica a rayas rojas y blancas. Sobre la derecha, una estrecha boletería de chapa, también rodeada de cinta.

I.

Anochece. Rubén está sentado en el piso apenas elevado de la calesita, entre un autito y un caballito. Tiene cuarenta y pico de años, bastante mal llevados. Acuña lo observa, sentado en uno de los bancos de madera que rodean el perímetro; la espalda apoyada contra el alambre. Andará por los sesenta y tantos, largos.

Permanecen un rato en silencio.

Acuña: Está haciendo frío, che.

Rubén: Andá, nomás.

Acuña: Vamos, dale. ¿Qué te vas a quedar haciendo acá?

Rubén: Esperando a Pelusa.

Acuña: ¿Vos decís que se va a enterar?

Rubén: En este barrio no te podés tirar un pedo sin que lo sepa todo el mundo.

Acuña: Contenta no se va a poner.

Rubén: Loca se va a poner. Y se me va a venir al humo.

Acuña: Capaz que tenés razón...

Rubén: Yo la conozco.

Acuña: Digo que capaz que sí, que me tendría que ir yendo.

Rubén: No seas cagón.

Acuña: Es que ustedes, cuando engranan...

Rubén: Haceme la gamba. Si estás vos no se va a zarpar tanto.

Silencio.

Acuña: *(Mirando afuera.)* Ni bola el rioba.

Rubén: Mirá qué novedad.

Acuña: Yo esperaba otra cosa. Solidaridad, quilombo.

Rubén: Sos un iluso, vos.

Acuña: Tantos años, che, y a la final...

Rubén: Están en la suya. Mirá si se van a calentar por una calesita de mierda.

Silencio largo.

Acuña: ¿No querés que prenda una luz?

Rubén: Dale, aunque sea para que Pelu vea que estamos.

Acuña se para y sube a la calesita.

Rubén: No, las de acá no.

Acuña: Sí, mejor. Tenés razón. Prendo allá.

Acuña camina hasta la boletería de chapa, estira la mano adentro y prende un foco que está sobre el techo.

Acuña: Ojo que este foco recalienta.

Rubén: Un rato aguanta.

Acuña camina hasta el palo de la sortija.

Acuña: Este palo...

Rubén: Ya sé, gordo. No me des más manija, ¿querés?

Acuña: Estoy triste, nene. Lo quiero decir.

Rubén: Bueh. Decilo, dale.

Acuña: Vos no te me pongas mal.

Rubén: Decilo de una vez.

Acuña: Este palo lo clavé yo. Cincuenta años hace que lo clavé yo.

Rubén: Un poco menos.

Acuña: Ponele cuarenta. En presencia física de tu viejo, lo clavé.

Rubén: En cualquier lado.

Acuña: Sí, como por veinte metros le erré. Pero tan bien clavado estaba que tu viejo me dijo: "Dejalo, hermano. La armamos acá y chau." Y acá quedó la calesita. Para siempre. El mejor calesitero del mundo, tu viejo.

Rubén: Ahora sentate.

Acuña: El mejor.

Rubén: Sí, el mejor.

Acuña: ¿Qué te agarró con tu pobre viejo?

Rubén: Vos me la pintás de rosa, pero en esa época ya se cogía a la madre de la Pelu.

Acuña: No hablés así, nene. Y a mí se me hace que fue después.

Rubén: Yo los vi; una vez, por lo menos. Ahí atrás, en el cuartito que había.

Acuña: ¿Qué hacías ahí?

Rubén: Qué sé yo. Lo habré venido a buscar.

Silencio.

Rubén: Después, no quería venir más.

Acuña: Qué mala leche.

Rubén: Y mi viejita vivía todavía.

Acuña: ¿Pero la Clara...?

Rubén: Ya sé; pero yo ya tenía madre, gordo. Enfermita, pero tenía.

Silencio.

Acuña: No te conocía la bronca esa.

Rubén: Me había olvidado, pero hoy tengo todo el estofado revuelto.

Acuña: ¿Pero con tu hermana bien, no?

Rubén: Sí; con la Pelu, de diez. Y con Clara también, supongo. No me des bola.

Acuña: Yo te entiendo, nene.

Rubén: Ahí viene. Ni una palabra de esto ¿eh? No seas bocón.

Acuña: ¡Avisá! ¿De dónde bocón?

Rubén: Te digo, nomás.

Desde la derecha entra corriendo Pelusa, una chica de treinta y pico, alta y de pelo muy corto. Está disfrazada de oso. Lleva la cabeza del disfraz bajo el brazo.

Pelusa: ¡Rúben!

Rubén se para, Pelusa se le planta delante.

Pelusa: ¡¿Otra vez te clausuraron, Rúben?!

Rubén: Es el final, Pelu. Cefiní.

Pelusa: ¿Por qué?

Rubén: Cese, cierre, desalojo.

Acuña: Nos tenemos que ir a la mierda.

Pelusa: Ay, perdón Acuña, que no lo saludé.

Pelusa le da un beso a Acuña.

Acuña: Estamos en el horno, nena.

Rubén: Otra batalla que pierde la clase media.

Pelusa: ¡La clase media un pomo, Rúben! ¡Mil veces te dije!

Rubén: Ahora no, Pelu.

Rubén busca dentro del cochecito y saca un manojito de papeles.

Rubén: Mirá, acá tenés. Entretenete.

Pelusa lee los papeles, muy seria.

Pelusa: Es lo que yo digo. Nunca pagaste un impuesto.

Rubén: ¿Por una calesita de morondanga? ¡¿Vivo cagándome de hambre y encima les tengo que pagar?! ¡Haceme el favor!

Pelusa: ¿Vos te escuchás, Rúben?

Acuña retrocede un poco.

Pelusa: ¡¿Qué te costaba meterte en el Monotributo, me querés decir?!

Rubén: Estaba en eso.

Pelusa: ¿Y?

Rubén: Tarde. Ahora, por más que quiera...

Pelusa: Te intimaron doscientas veces.

Rubén: ¿Sos mi hermana vos, o qué?

Pelusa: ¿No pudiste arreglar, por lo menos?

Rubén: ¿Arreglar con qué? ¿Vos viste lo que es la caja?

Pelusa: Si por lo menos hubiera estado yo...

Rubén: ¡Pero qué boludo! ¡Les hubiera dicho que volvieran en tu horario, dos, tres de la mañana!

Pelusa: Sos un nabo, Rúben.

Rubén: Volvete al tren, ¿querés?

Pelusa: Andá a cagar.

Pelusa se deja caer en un banco. Acuña se sienta a su lado y Rubén vuelve al piso de la calesita.

Silencio largo.

Acuña: (A Pelusa.) ¿Está calentito ahí, no?

Pelusa: Me sofoca, pero estoy medio en bolas.

Acuña: Claro.

Pelusa: No espíe, que estoy toda chivada.

Acuña: No, no.

Pelusa: Es este, que me pone loca.

Rubén: ¿De algo más tengo la culpa, yo?

Acuña: Che, no parecen hermanos.

Pelusa: ¿Vio?

Rubén: Los hermanos se ayudan.

Pelusa: ¿No era que éramos medio hermanos?

Rubén: Acá no, Pelu.

Pelusa: Flor de trabajo te tomaste para que lo entendiera.

Acuña no entiende.

Rubén: Listo, cuando te ponés así de jodida, no se puede.

Pelusa: Somos hermanos cuando a vos te conviene.

Rubén: ¡Pará de bardearme, che!

Pelusa: Yo no te bardeo.

Rubén: No, que va.

Pelusa: Te digo las cosas como son.

Rubén: No me jodás.

Silencio.

Pelusa: ¿Y de qué vas a vivir, Rúben?

Rubén: Ya veré.

Pelusa: ¡En serio te digo!

Rubén: ¡No sé! ¡¿No podés entender eso?!

Silencio.

Pelusa: Te venís conmigo.

Rubén: ¿Adónde?

Pelusa: A trabajar, adónde va a ser.

Rubén: ¡¿Al tren?! (*Se para.*) ¡¿Vos me estás diciendo que vaya al tren?!

Pelusa: (*Se para.*) ¡Sí! ¡¿Qué hay?!

Rubén: ¿Estás en pedo?

Pelusa: ¡Vos estás en pedo! ¡¿Ves cómo sos?!

Acuña: ¡Che, calmensé!

Pelusa: ¿No ve cómo es de cabezón?

Rubén: ¡Gordo, ¿vos me ves disfrazado, moviendo el culo como un trolo?!

Pelusa: ¡¿Eso es lo que te pensás que hago?!

Acuña: Y, preferiría no.

Rubén: ¡Ahí tenés!

Pelusa: ¡Acuña! ¡Usted no lo defienda!

Acuña: Pero es un laburo digno.

Pelusa: ¡Tomá!

Rubén: ¡Gordo!

Acuña: Arreglensé, che, pero a mí déjenme afuera.

Rubén: No arrugués, decí lo que pensás.

Pelusa: Vamos, diga.

Acuña: Digo... ¡Que me estoy cagando de frío, eso digo!

Pelusa: ¿Sí? Debe ser el rocío.

Rubén: Te dije que te fueras, gordo. Mirá si te da algo.

Pelusa: Tome. (*Le da la cabeza de oso.*) Meta las manos, por lo menos. ¿No tenés algo para que se ponga?

Rubén: No, qué va a haber.

Pelusa: ¿Por qué no te fijás? ¿Tan ocupado estás?

Rubén: Ufa, che. Qué ganas de hacerme caminar al cuete.

Rubén sube con desgano a la calesita y se mete en la pequeña cabina del centro. Al rato sale con una campera escocesa de lana en la mano; raída, sucia y bastante fea.

Pelusa: ¡La campera de papá!

Acuña: (*Se para.*) Mirá vos.

Pelusa: ¿Dónde estaba?

Rubén: Qué sé yo, ahí adentro. No sé cómo no la vi antes.

Pelusa: (*Acaricia la tela.*) La campera de papá...

Rubén: Los años que hará que está. ¿No?

Acuña: Y, sí.

Pelusa: (*La huele.*) Tiene olor a grasa; a papá.

Acuña: Olor a calesitero. Horas se pasaba para hacer andar el motor ese. A él sí que le hacía caso.

Rubén: Yo me las rebusco, che.

Pelusa: No hay vez que me acuerde de papá en que no tenga puesta esta campera.
¡Me parecía tan linda!

Rubén: Y la vieja se cabreaba tanto...

Pelusa: Es hermosa. Pongaselá, Acuña.

Rubén: Sí; ponetelá, gordo.

Acuña: No sé...

Pelusa: Dele, no sea sonso.

Acuña: *(Se la pone.)* ¡Si lo habré visto a tu viejo con esto!

Rubén: Era más flaco, parece.

Silencio. Acuña se sienta, disfrutando de la tibieza.

Rubén: Yo creo que es una señal, che.

Pelusa: ¿Una señal? ¿Qué señal?

Rubén: Del viejo, una señal del viejo.

Pelusa: Dejate de embromar, Rúben.

Rubén: ¡Gordo!

Acuña: Y... qué sé yo.

Pelusa: ¡Déjense de joder, los dos!

Rubén: Capaz que nos quiere decir algo, pero no puede. Entonces, ¿qué hace? Manda señales.

Acuña: Nene, ¿no es pecado, eso?

Pelusa: Si papá te oyera te pegaría una patada en el culo.

Rubén: ¿Me vas a decir que justo ahora, en este preciso momento, después de chiquientos años, viene a aparecer la campera, y que no significa nada?

Pelusa: Significa que ahí adentro no limpiás nunca, Rúben. Ni vos sabés lo que hay.

Rubén: ¿Siempre me vas a verdugear?

Pelusa: Te estás haciendo el boludo con cosas que duelen. Yo lo extraño mucho a papá.

Rubén: ¿Y te pensás que yo no?

Acuña asiente.

Pelusa: Entonces respetalo. Qué señales ni qué ocho cuartos.

Silencio.

Rubén: Vos pensá lo que quieras, pero en este momento de necesidad, yo creo que él, por una vez en la vida, nos quiere ayudar.

Pelusa: ¿Cómo “por una vez en la vida”?

Rubén: Digo... que hoy nos quiere dar una mano.

Pelusa: Como hizo siempre, ¿o no?

Rubén: Sí, ponele que sí.

Pelusa: ¿Qué te pasa, tarado?

Rubén: Nada. Tengo un mal día, olvidate.

Pelusa: Cortala, entonces.

Acuña: A mí, ya me ayudó.

Pelusa: Es abrigada, ¿no?

Acuña: Muy.

Pelusa: Después va a haber que lavarla.

Acuña: Dejamelá. Se la llevo al japonés de enfrente.

Pelusa: Gracias. ¿No habrá nada más ahí adentro, Rúben?

Rubén: Herramientas, nomás.

Pelusa: ¿Seguro?

Rubén: Andá y fijate.

Pelusa: Con este traje ni paso.

Rubén: No hay nada. La campera estaba atrás de la puertita, en un clavo.

Pelusa: Ah. Qué pena.

Pelusa y Rubén vuelven a sentarse.

Pelusa: ¿Esa luz se podía usar?

Acuña: Un rato sí.

Rubén: (*A la campera.*) ¿Qué es lo que me querés decir, viejo?

Acuña: ¿A mí me hablás?

Pelusa: No le haga caso.

Rubén: Mala onda que son.

Quedan en silencio.

Acuña: ¿Qué hacemos? ¿Vamos de una vez?

Rubén: Vayan si quieren.

Pelusa: Si nos vamos, nos vamos todos.

Rubén: Yo me quedo.

Pelusa: ¿Y qué vas a hacer?

Rubén: ¡Qué sé yo!

Rubén se para. Camina sin rumbo.

Rubén: Perdoname eso del viejo.

Pelusa: Ya está. Olvidate.

Silencio.

Pelusa: ¿Qué hora es?

Rubén: Ni idea, ¿por?

Acuña: Ocho y media.

Pelusa: Yo en quince me voy. Tengo que ir a trabajar.

Rubén: ¿A esta hora?

Pelusa: Empezamos con los cumpleaños de adultos.

Acuña: ¿Y eso?

Rubén: No te puedo creer. Gente grande, boludeando en un trencito.

Pelusa: Para vos todo el mundo es un boludo, Rúben. El único vivo sos vos.

Acuña: Sos muy laburadora, piba.

Pelusa: Trato de hacer promedio.

Rubén: ¡Y dale conmigo! ¡Andá y hacé de oso tranquila!

Pelusa: No voy de oso.

Acuña: ¿No?

Pelusa: ¡No! ¡El oso es para los chicos!

Rubén: ¿Y cómo vas?

Pelusa: De Pantera Rosa. Es más sexy.

Acuña: Aha.

Pelusa y Rubén se miran.

Acuña: ¿Pasa algo?

Pelusa: Que me tengo que ir, así que definamos rapidito.

Rubén: ¿Definir qué?

Pelusa: ¿Cómo qué? ¡Lo que vamos a hacer!

Rubén: ¿No entendiste, Pelu? ¡Ya fue!

Pelusa: ¿Qué hay que hacer? Concretamente, ¿qué te dijeron?

Rubén: Que si no levantamos el muerto mañana, dan de baja la concesión y tenemos que desarmar todo en cuarenta y ocho horas. Eso dijeron.

Pelusa: Hay que conseguir plata, entonces.

Rubén: Qué suerte que estás vos.

Pelusa: Estoy pasando en limpio, tarado. ¿Cuánta plata?

Rubén: Redondeando, ocho lucas.

Acuña: Siete novecientos.

Pelusa: Es un montón.

Rubén: Por fin te cae la ficha.

Pelusa: ¿A quién le podemos pedir?

Rubén: No sé. A mí no me fía ni el tano del quiosco.

Pelusa: Lo bien que hace.

Rubén: ¿No se te hacía tarde a vos?

Acuña: Che, si van a empezar de nuevo...

Pelusa: ¿Y si le pido a Alberto?

Rubén: ¿Tiene plata ese?

Pelusa: Se la pasa llorando, pero mal no le va.

Rubén: Parece mentira, con ese trencito de mierda.

Pelusa: Ese trencito de mierda es mi laburo, así que no jodás.

Acuña: Yo lo conocí al padre. Colectivero era, de la ciento treinta y seis.

Rubén: ¿Y ese qué bondi es?

Acuña: Ahora es la noventa y cuatro.

Rubén: Ah.

Acuña: Genaro. Buen tipo, labrador. Ya falleció.

Rubén: Sos del año del arquero, gordo.

Acuña: Hacete el chiquilín, nomás.

Rubén: En comparación...

Pelusa: ¿Se pueden callar, que estoy pensando?

Rubén: Uh, guarda. Que no se te haga costumbre.

Pelusa: ¿Te interesa salvar esto, o no te interesa?

Rubén: ¡Claro que me interesa!

Pelusa: Entonces decime, pero pensá bien antes de contestar porque en el caso de que Alberto agarre viaje, me va a prestar a mí, no a vos.

Rubén: ¿Y con eso qué?

Pelusa: ¿Se lo vas a devolver?

Rubén: ¡Obvio, querida! Si me da un tiempo razonable...

Pelusa: Es mi trabajo, Rúben. Ahí no te podés mandar ninguna de las tuyas.

Rubén: ¿Las mías? ¿Qué querés decir con eso?

Pelusa: Vos me entendés, no te hagas el sonso.

Rubén: Mirá, yo andaré en la mala pero tengo mi dignidad. Olvidate, no le pidas nada a nadie porque yo no pienso responder. Vos hacé la tuya, que yo me arreglo solito ¿Está claro?

Pelusa: ¿Ahora qué te dio?

Rubén: Estoy hartito que me tomes por un atorrante, eso me dio.

Pelusa: Bueno, como quieras. *(A Acuña.)* ¿Me pasa la cabeza?

Acuña: Tomá, nena.

Pelusa: Hasta luego, Acuña.

Sale Pelusa.

Rubén: *(En voz alta.)* ¡Pará, pará!

Pelusa: *(Desde afuera.)* ¿Qué?

Rubén: Vení, haceme el favor.

Entra Pelusa.

Pelusa: ¿Ahora qué pasa?

Rubén: Nada, que me tengas un poquito de paciencia.

Pelusa: ¿Qué querés decir con eso?

Rubén: Que me perdonés. Me fui a la mierda.

Pelusa: Es que no aprendés nunca, Rúben.

Rubén: No empecés de nuevo. Estoy nervioso, che. Entendeme un poco vos a mí.

Pelusa: Nerviosos estamos todos.

Rubén: ¿Vas a hablar con el muchacho este?

Pelusa: No sé, Rúben. Ahora no sé.

Rubén: ¿No te pedí que me perdonaras?

Pelusa: Sí, y yo te perdono.

Rubén: ¿Y entonces?

Pelusa: Nada, Rúben. Me tengo que ir.

Rubén: Después contame.

Pelusa: Sí, después te cuento.

Pelusa sale.

Silencio.

Acuña: Y bué; qué se le va a hacer.

Rubén: No le va a pedir un carajo. Acordate lo que te digo.

Silencio.

Rubén: Qué macana. La había ablandado bien con lo de la campera

Acuña: Tipo jodido que sos.

Rubén: Defensa propia, gordo. Esta mina enojada es peligrosa.

Acuña: No me gusta hacerle eso a la nena.

Rubén: Pero la cagué sobre el final. No la tendría que haber dejado pensar.

Acuña: Y menos con el padre.

Rubén: Hubiera servido para algo, por lo menos.

Acuña: ¡Pero che, cómo estás con tu viejo, hoy! ¿Qué te pasa?

Rubén: ¿Que qué me pasa? (*Señala la calesita.*) ¡Esto me pasa!

Acuña: ¿Eh?

Rubén: ¡Que no me dejó una mierda, gordo! ¡No me dejó un restorán, me dejó una calesita de mierda, en una plaza de mierda, y en un barrio de mierda!

Acuña: ¿Por qué decís así?

Rubén: Porque es la verdad. Fue un boludo que la iba de piola, pero que nunca supo hacer un mango. ¡Mirá cómo nos dejó! ¡Tapados de deudas y con este armatoste del orto del que no te podés despegar ni para ir a mear!

Acuña: Tu viejo se mataba por vos.

Rubén: ¡Qué se va a matar!

Acuña: ¿A mí me vas a decir?

Rubén: Miralo al Alberto este, que nos iba a salvar la vida. Tiene mi edad, y el viejo le dejó un oficio, por lo menos. Guita, le habrá dejado. Un bondi. Mirá qué diferencia.

Acuña: Hubieras hecho la tuya, nene.

Rubén: ¡Eso tendría que haber hecho! ¡La mía, en vez de secarme acá!

Acuña: ¿Y?

Rubén: ¿Y qué?

Acuña: ¿Por qué no te fuiste?

Rubén: ¡Para cuidar esto!, ¿no entendés? ¡Me lo dejó mi viejo!

Acuña: No sé, nene. No sé.

Rubén: Yo sí sé, pero ya está. Así se me fue la vida.

Acuña: Calmate, que te va a hacer mal. Vení, sentate.

Los dos se sientan.

Rubén: Y yo lo quería. Te juro que lo quería.

Acuña: Ya sé.

Silencio largo.

Acuña: ¿Vamos de una vez?

Rubén: ¿Adónde querés que vaya?

Acuña: A tu casa, nene. Terminala por hoy.

Rubén se para y deambula mirando el entorno.

Rubén: ¿Sabés una cosa?

Acuña: ¿Qué?

Rubén: Esta es mi casa. De acá soy.

Acuña: Está bien, pero a apoliyar...

Rubén: En serio te digo. Capaz que hacía falta todo este quilombo para que me diera cuenta, pero esta es mi verdadera casa. ¿Y sabés qué más?

Acuña: No.

Rubén: Que vos sos mi única familia.

Acuña: Yo te agradezco, nene. Vos sabés que para mí sos como un hijo, pero familia es tu hermana. No te vas a olvidar por una pelea.

Rubén: Gordo, yo miro alrededor y al único que veo es a vos. Desde que tengo memoria, al lado de mi viejo, en las buenas y en las malas.

Acuña: Sí, eso sí.

Rubén: Y después conmigo, siempre. Cuando todos se van, el gordo Acuña está.

Acuña: Pará, que me vas a hacer llorar.

Rubén: No hay mucho más en esta vida, hermano. El lugar de uno, y la gente que uno elige para que lo acompañe.

Acuña: Sí. Si habremos pasado cosas acá.

Rubén: Tantos recuerdos, como lo que dijiste del palo aquél.

Acuña: No me lo hagas decir de nuevo.

Rubén: No, pero el espíritu es ese. La historia, lo vivido. Eso es lo que vamos a perder.

Acuña: Qué amargura, pibe.

Rubén: Sí, qué amargura enorme.

Silencio prolongado.

Acuña: Bueno, nene, yo me voy yendo.

Rubén: ¿Ahora te vas a ir?

Acuña se para.

Acuña: Es tarde, che. Entre que me cocino algo y...

Rubén: Esperá, bancame un minuto y nos vamos juntos. Sentate.

Acuña: Así estoy bien. Tengo el culo duro ya.

Silencio.

Rubén: Gordo, ¿yo me acuerdo mal o vos tenías unos pesitos encanutados?

Acuña: Tenés buena memoria.

Rubén: Algo que te habían pagado, ¿no?

Acuña: Un retroactivo, sí.

Rubén: ¿Lo tenés todavía?

Acuña: Es mi reserva, nene.

Rubén: Ya sé, pero tenés la guita en el colchón, cagándose de risa.

Acuña: ¿Y con eso qué?

Rubén: ¡Cómo qué! ¡Que si me la prestás salvamos todo, y yo después te la devuelvo!

Acuña está incómodo.

Rubén: ¿Tenés verdes? ¡Yo te devuelvo verdes, olvidate! Cuando levantemos cabeza te devuelvo todo, y algún mango encima, por la gauchada.

Acuña: Nene...

Rubén: ¡O socio! ¡Pero cómo no se me ocurrió! ¿Por qué no me lo decís vos, si ves que a mí no se me ocurre? ¡Qué boludo, madre mía! ¡Socios, vos y yo, cincuenta y cincuenta!

Acuña: Yo soy solo, nene.

Rubén: ¡Qué va a estar solo! Me tenés a mí, a la Pelu...

Acuña: No me entendés. La reserva no se toca.

Rubén: ¿Me estás diciendo que no? ¿Con esa campera puesta me estás diciendo que no?

Acuña se saca la campera y la deja en el banco.

Acuña: Conmigo no, nene, haceme el bien.

Rubén: ¿Con vos, qué?

Acuña: Chau, pibe.

Rubén: Está bien, andate. Dejame acá, que me coman los piojos. Si pensás que después vas a poder dormir, andá. Dame la espalda, nomás.

Acuña sale.

Rubén: *(A los gritos.)* ¡Traidor! ¡Ingrato! ¡Desagradecido de mierda! ¡Son todos unos traidores! ¡Unos traidores de mierda!

Se deja caer en el banco.

Rubén: *(A la campera.)* ¿Y vos? ¿Tenés algo para decir, vos?

Silencio.

Observa el foco sobre el techo de chapa.

Se para, camina hasta la boletería, mete la mano adentro y lo apaga.

FIN

Buenos Aires, septiembre de 2014